sa descubria, reian á boca llena: la iglesia parecia taberna. Los unos se burlaban del pobre Lázaro; los otros escuchaban á las dos damas, que desenterraban sus abuelos. Con la prisa que tenia de recoger los pedazos de mi capa, que de maduros se habian caido, no pude escuchar lo que se decian; solo oí decir á la viuda: «¿de dónde le viene á la piltrafa tanto toldo? Ayer era moza de cántaro, y hoy lleva ropa de tafetán, á costa de las ánimas del purgatorio.» La otra le respondia: «ella la muy descosida la lleva de burato, ganada con un *Deo gratias, y sea por amor de Dios*, y si yo era moza de cántaro, ella lo es hoy *de jarro*.» Los presentes las separaron, que se habian ya comenzado á asir de la melena. Acabé de recoger los pedazos de mi pobre herreruelo, y pidiendo dos alfileres á una que se halló allí, la acomodé como pude, con que cubrí mis vergüenzas; dejélas riñendo, y fuíme á casa de la sastresa, que me habia mandado acudiese á acompañarla á las once, porque habia de ir á comer á casa de una amiga suya. Cuando me vió tan mal tratado, me dijo gritando: «¿pensais ganar mis dineros, y venirme á acompañar como un pícaro? Con menos de lo que os doy á vos podria tener otro escudero con calzas atacadas, bragueta, capa y gorra; y vos no haceis sino borrachear lo que os doy.» ¡Qué borrachear, decia yo entre mí, con siete cuartos que gano el dia que mas, pasando muchos que mis amas por no pagar un cuarto no querian salir de su casa! Hízome hilvanar los pedazos de mi capa, y con la prisa que se daban, pusieron unos pedazos de abajo arriba: de aquella manera fuí á acompañarla.

CAPITULO XIV.

Donde Lázaro cuenta lo que le pasó en un convite.

Ibamos á paso de fraile convidado, porque la señora temia que no habria harto para ella; llegamos á casa de su amiga, donde habia otras mujeres de las convidadas; preguntaron á mi ama si era yo capaz para guardar la puerta; díjoles que sí; dijéronme: quedaos, hermano, que hoy sacareis el vientre de mal año. Acudieron muchos galancetes, sacando cada uno de su faltriquera, cuál una perdiz, cuál una gallina; uno sacaba un conejo, otro un par de palominos, este un poco de carnero, aquel un pedazo de solomo, sin faltar quien sacase longaniza ó morcilla; tal hubo que sacó un pastel de á real envuelto en su pañuelo, diéronlo al cocinero, y entre tanto retozaban con las señoras, y daban en ellas como asno en centeno verde: lo que allí pasó no me es lícito decirlo, ni al lector contemplarlo. Acabada esta comedia vino la comida; las señoras comieron los *Kyries*, y los galanes bebieron el *Ite misa est*. No quedaba nada en la mesa que las damas no metiesen en sus faltriquera, envolviéndolo en sus mocadores; sacaron los postres los galanes de las suyas; unos manzanas, otros queso, aceitunas, y uno dellos, que era el gallo y el que se las daba con la sastresa, sacó media libra de confitura. Mucho me agradó aquel modo de tener la comida tan cerca de sí para una necesidad, y propuse de allí adelante hacer tres ó cuatro faltriqueras en las primeras calzas que Dios me deparase, y una dellas de buen cuero, bien cosida para meter el caldo; porque si aquellos caballeros, que eran tan ricos y principales, lo traian todo en su faltriquera, y las señoras lo llevaban cosido en las suyas, yo, que no era sino un escudero de piltrafas, lo podia bien hacer.

Fuímonos á comer los criados, y maldita otra cosa habia para nosotros sino caldo y sopas, que me espantó cómo aquellas damas no se las metieron en las mangas. No habiamos apenas comenzado, cuando oimos gran ruido en la sala donde estaban nuestros amos; disputaban quiénes habian sido sus mujeres, y quiénes eran los maridos dellas; dejando atrás las palabras, vinieron á las manos, y entre col y col lechuga, dábanse puñadas, bofetadas, pellizcos, coces, bocados; desgreñábanse, mesábanse y daban tantos mojicones, que parecian muchachos de aldea cuando van á procesion. La riña se comenzó, segun pude entender, porque algunos dellos no querian dar ni pagar nada á aquellas señoras, diciéndoles bastaba lo que habian comido. Sucedió que la justicia pasaba por la calle, y oido el ruido, llamaron á la puerta, diciendo: «abran á la justicia.» Oida esta palabra, huyeron los unos por aquí, los otros por allí; unos dejaban los herreruelos, los otros las espadas; esta dejaba los chapines, aquella el manto; de manera que todos desaparecieron, escondiéndose cada uno lo mejor que pudo. Yo, que no tenia por qué huir, estúveme quedo, y como era portero abrí, porque no me achacasen hacia resistencia á la justicia. El primer corchete que entró me asió de los cabezones, diciendo fuese preso por la justicia; teniéndome asido, cerraron la puerta y fueron á buscar á los que hacian el ruido; no dejaron aposento, retrete, sótano, bodega, desván ni letrina que no registrasen. Como no hallaron á nadie, me tomaron el dicho, confesé de pe á pa los que habia en la compañía y lo que habian hecho; espantáronse que habiendo tantos como yo decia, no pareciese ninguno. Si va á decir la verdad, yo mismo me espanté dello, habiendo doce hombres y seis mujeres; con mi sencillez les dije (y aun lo creia) que pensaba fuesen trasgos todos los que allí habian estado, y hecho aquel ruido; riéronse de mí, y el alguacil dijo á los que habian bajado á la bodega, si habian mirado bien todo; hizo encender una hacha, y entrando por la puerta, vieron rodar una cuba.

Espantados los corchetes echaron á huir, diciendo: «¡por Dios que es verdad lo que este hombre dice, que aquí no hay sino duendes!» El alguacil, que era mas astuto, los detuvo diciendo no temia al diablo; fuése á la cuba, y destapándola halló dentro un hombre y una mujer: no quiero decir cómo los halló, por no ofender las castas orejas del benigno y escrupuloso lector; solo digo que la violencia de su accion habia hecho rodar la cuba, y fué causa de su desgracia, y de mostrar en público lo que hacian en secreto; sacáronles fuera; él parecia á Cupido con su flecha, y ella á Venus con su aljaba. El uno y el otro desnudos como su madre los parió, porque cuando la justicia llamó estaban en una cama haciendo las paces, y con el alarma no habian tenido lugar de tomar sus vestidos, y por esconderse se habian metido en aquella cuba vacía, donde proseguian su devoto ejercicio. Dejó admirados á todos la hermosura de los dos; echáronles dos capas, entregándolos á dos corchetes para que los guardaran; pasaron delante á buscar á los otros; descubrió el alguacil una tenaja de aceite, donde halló un hombre vestido; el aceite le llegaba á los pechos: al punto que lo descubrieron quiso saltar fuera; mas no lo hizo tan diestramente que la tenaja y él no diesen en el suelo. Saltó el aceite hasta los sombreros de los ministros de justicia, y sin respeto los manchó; renegaban del oficio, y aun de la puta que se lo habia enseñado. El aceitado, que vió que ninguno le acometia, antes todos huian dél como de apestado, dió á huir; el alguacil gritaba: «ténganlo, ténganlo,» mas todos le hacian lugar; fuése por una puerta falsa meando aceite; de lo que sacó de su vestido hizo arder la lámpara de nuestra señora de las Congojas mas de un mes. La justicia quedó bañada en aceite; renegaban de quien allí los habia traido, y yo también, porque decian era el alcahuete, y como á tal me habian de emplumar; salieron como buñuelos de la sartén, dejando rastro por donde iban.

Estaban tan enojados, que juraron á Dios y á los cuatro sacrosantos Evangelios habian de hacer ahorcar á todos los que hallasen; temblábamos los presos; fueron á los alhorines á buscar otros; entraron dentro, y de encima de una puerta derramaron una talega de harina, con que cegaron á todos los que dentro estaban; daban voces diciendo: «¡resistencia á la justicia»! Si querian abrir los ojos, al punto se los cerraban con agua y harina; los que nos tenian nos dejaron para ir á socorrer al alguacil, que gritaba como un loco. Apenas habian entrado cuando les taparon los ojos con harina y agua: andaban como gallinas ciegas; encontrábanse los unos con los otros, y se descargaban golpes, que se rompian las mejillas, dientes y muelas; como los vimos de vencida, dimos todos en ellos, y ellos mismos en sí propios, tanto que de cansados cayeron en el suelo, donde llovian golpes sobre ellos y granizaban coces. No gritaban ni se meneaban, como si estuvieran muertos; si alguno queria abrir la boca para ello, al punto se la binchian de harina, embutiéndolos como á capones en caponera: atámosles las manos y piés, y arrastrando como puercos los llevamos á la bodega, echándoles en el aceite como peces á freir; revolcábanse como lechones en cenagal; cerramos las puertas, yéndose cada uno á su casa. El amo de aquella vino, que estaba en el campo, y hallando las puertas cerradas y que ninguno respondia, porque una sobrina suya, que era la que habia prestado su casa para hacer aquel convite, se habia ido á la de su padre, por temer á su tio, hizo descerrajar las puertas, y cuando vió su casa sembrada de harina y untada de aceite, se enojó tanto que daba voces como un borracho; fué á la bodega, donde halló su aceite derramado y á la justicia que se revolcaba; con la rabia que tenia de ver su hacienda desperdiciada, tomó un garrote y dió tantos palos al alguacil y corchetes, que los dejó medio muertos; llamó á sus vecinos, y entre todos los sacaron á la calle, donde los muchachos les tiraban lodo, estropajos y suciedades: estaban tan llenos de harina que nadie los conocia.

Cuando tornaron en sí y se vieron en la calle libres, se fueron huyendo; entonces se podia decir: tengan á la justicia, que huye; dejaron sus herreruelos, espadas y dagas, sin osar jamás volver por ellas, porque nadie supiese el caso. El amo de aquella casa se quedó con todo por el daño que habia recibido. Cuando yo salí para irme, encontré con una capa, no mala; dejé la mia y tomé aquella; daba gracias á Dios, que habia salido medrado de aquella jornada (cosa nueva para mí), pues siempre iba con las manos en la cabeza; fuíme á casa de la sastresa; hallé la casa revuelta, y al sastre su marido que la molia á palos, por haber venido sola sin manto ni chapines, corriendo por la calle con mas de cien muchachos tras ella. Llegué á buena hora, porque al punto que el sastre me vió dejó á su mujer, y embistió conmigo, dándome una puñada con que me acabó de quitar los dientes que tenia. Dióme diez ó doce coces que me hicieron vomitar lo poco que habia comido. «¿Cómo, decia, bellaco, alcahuete, no teneis vergüenza de venir á mi casa? Aquí pagareis las de antaño y las de hogaño.» Llamó á sus criados, y trayendo una manta me mantearon tan á su gusto cuanto á mi pesar; dejáronme por muerto, y como estaba me pusieron en un tablero. Era ya noche cuando torné en mí, y me quise menear; caí en tierra, rompiéndome de la caida un brazo; venido el dia, poco á poco me fuí á la puerta de una iglesia, donde con voz lastimosa pedia limosna á los que entraban.

CAPITULO XV.

Cómo Lázaro se hizo ermitaño.

Tendido en la puerta de la iglesia y haciendo alarde de mi vida pasada, consideraba los infortunios en que me habia visto desde el dia que comencé á servir al ciego hasta el punto en que me hallaba, y sacaba en limpio que por mucho madrugar no amanece mas temprano, ni el mucho trabajar enriquece siempre; y así dice el refrán: mas vale á quien Dios ayuda, que no quien mucho madruga; encomendéme á él para que el fin fuera mejor que habia sido el principio y el medio. Estaba junto á mí un hermanuco venerable, barba blanca, báculo y rosario en la mano, en cuyo remate colgaba una calavera, tan grande como de conejo. Como el buen padre me vió afligido, con palabras dulces y blandas me comenzó á consolar, preguntándome de dónde era, y qué sucesos me habian traido á tal término. Contéle con breves y sucintas razones el largo proceso de mi amarga peregrinacion; quedó admirado de oirme, y con piedad y lástima que mostró tener de mí, me convidó con su ermita; acepté el partido, y como pude, que no fué con poca pena, llegamos al oratorio que estaba una legua de allí en una peña. Pegado á él habia un aposento como una alcoba y una cama; en el patio estaba una cisterna con fresca agua, de la cual se regaba un huertecillo, mas curioso que grande. «Aquí, dijo el buen viejo, ha veinte años que vivo fuera del tumulto é inquietud humana: este es, hermano, el paraiso terrestre; aquí contemplo en las cosas divinas y aun humanas; aquí ayuno cuando estoy harto, y como cuando hambriento; aquí velo cuando no puedo dormir, y duermo cuando el sueño me acosa; aquí paso en soledad cuando no tengo compañía, y estoy acompañado cuando no solo; aquí canto cuando estoy alegre, y lloro cuando triste; aquí trabajo cuando no estoy ocioso, y lo estoy cuando no trabajo; aquí pienso en mi mala vida pasada, y contemplo la buena presente; aquí finalmente es donde todo se ignora y todo se sabe.»

En el alma me holgaba de oir al chocarrero ermitaño, y así le supliqué me diese alguna noticia de la vida eremítica, porque me parecia la nata de todas. ¿Cómo, respondió él, la mejor? Eslo tanto, que solo el que la ha gustado puede saberlo; mas la hora no nos da tiempo para mas, porque se acerca la de comer. Roguéle me curase mi brazo, que me dolia mucho; hízolo con tanta facilidad, que de allí adelante no me hizo mas mal; comimos como reyes y bebimos como tudescos; acabada la comida, en medio del dormir de la siesta, comenzó á gritar mi bueno del santero, diciendo: «¡que me muero! ¡que me muero!» Levantéme, y halléle que queria espirar. Viéndole de aquella manera, preguntéle si se moria, respondióme: «sí, sí, sí;» y repitiendo sí falleció dentro de una hora. Víme afligido considerando que si aquel hombre se moria sin testigos podian decir que yo lo habia muerto, y costarme la vida, que hasta entonces con tantos trabajos habia sustentado; y para esto no eran menester muchos testigos, porque mi talle mostraba ser antes salteador de caminos que hombre honrado. Salí al punto de la ermita, por ver si parecia por allí alguno que fuese testigo de aquella muerte: mirando á todas partes vi un hato de ganado cerca de allí; fuí allá presto (aunque con trabajo por estar molido de la refriega sastresca), hallé seis ó siete pastores y cuatro ó cinco pastoras á la sombra de unos sauces junto á una fuente despejada y clara: ellos tañian, y ellas cantaban; los unos bailaban y los otros tocaban; este tenia de la mano á una, aquel dormia en el regazo de la otra; finalmente, pasaban el calor en requiebros y palabras regaladas. Llegué despavorido á ellos, rogándoles que sin dilacion se viniesen conmigo, porque el ermitaño se moria: vinieron algunos dellos, quedando los otros á guardar el rebaño; entraron en la ermita, y preguntaron al buen ermitaño si se queria morir; dijo que sí (y mentia, porque él no lo queria, haciánselo hacer contra su voluntad); como ví que estaba siempre en sus trece de decir que sí, díjele si queria que aquellos pastores sirviesen de albaceas y cabezaleros; respondió sí; preguntéle si me dejaba por su único y legítimo heredero, dijo que sí; proseguí si confesaba que lo que poseia y de derecho podia poseer me lo debia por servicios y cosas que de mí habia recibido; dijo otra vez sí. Aquel quisiera hubiera sido el último cuento de su vida; mas como ví que aun le quedaba aliento, porque no lo emplease en daño, proseguí con mis preguntas, haciendo que uno de aque-

llos pastores sentase todo lo que decia: hízolo el pastor con un carbon en una pared, porque no habia tintero ni pluma; díjele si queria que aquel pastor firmase por él, pues que no estaba para ello, y murió diciendo: «sí, sí, sí.»

Dimos órden de enterrarlo, hicimos una sepultura en su huerto (todo con gran prisa, porque temia que resucitase); convidé á merendar á los pastores, no quisieron admitirlo por ser hora de repastar; fuéronse dándome el pésame; cerré bien la puerta de la ermita y di vuelta á todo: hallé una gran tenaja de buen vino, otra de aceite, y dos orzas de miel; tenia dos tocinos, mucha cecina y algunas frutas secas: todo esto me agradaba mucho, mas no era lo que buscaba; hallé sus arcas llenas de lienzo, y en un rincon de una un vestido de mujer: esto me maravilló, y mas de que hombre tan prevenido no tuviese dineros: quise ir á la sepultura á preguntarle dónde los habia puesto; parecióme que después de habérselo preguntado me responderia: «Ignorante, ¿piensas que estando en despoblado, sujeto á ladrones y malandrines, los habia de tener en un cofre á peligro de perder lo que amaba mas que á mi vida?» Esta inspiracion, como si realmente la hubiera oido de su boca, me hizo buscar en todos los rincones, y no hallando nada, consideré si yo hubiese de esconder aquí dineros, para que ninguno los hallase, dónde los esconderia; dije entre mí: en aquel altar; fuí á él y levanté el delante altar de la peana, que era de barro y adobes; en un lado ví una rendija por donde podia caber un real de á ocho, la sangre me comenzó á bullir, y el corazon á palpitar; tomé una azada, y en menos de dos azadonazos eché la mitad del altar á tierra, y descubrí las reliquias que allí estaban sepultadas: hallé una olla llena de dineros; contélos, y habia seiscientos reales. Fué tan grande el contento del hallazgo, que pensé quedarme muerto: saquélo de allí, é hice un hoyo fuera de la ermita, donde los enterré, porque si me querian echar de allí tuviese fuera lo que mas amaba; hecho esto, vestíme los hábitos del ermitaño, y fuí á la villa á dar noticia de lo que pasaba al prior de la cofradía, no olvidando de tornar á acomodar el altar como antes estaba. Hallé juntos á los cofrades de quienes dependia aquella ermita, que era de la advocacion de San Lázaro, de donde conjeturé buen pronóstico para mí: como los cofrades me vieron ya cano y de ejemplar aspecto, que esto es lo que mas importa para tales cargos, aunque hallaron una dificultad, y fué que no tenia barba, porque como habia tan poco que me la habia tundido no me habia aun nacido; mas esto no obstante, viendo por relacion de los pastores que el muerto me habia dejado por su heredero, me dieron la tenencia de la capilla. Acuérdome, á este propósito de barbas, de una cosa que me dijo una vez un fraile: que en una religion, de las mas reformadas, no hacian superior á ninguno que no fuese bien barbado; y así sucedia que habiendo algunos capaces para ejercitar aquel cargo, lo escluian y ponian en él á otro con tal que tuviese lana (como si el buen gobierno dependiera de los pelos, y no del entendimiento, capacidad y madurez); amonestáronme viviese con el ejemplo y buena reputacion que mi predecesor habia vivido, siendo tal que todos le tenian por santo. Prometíles vivir como un Hércules; advirtiéronme que no pidiese limosna sino los martes y sábados; porque si la pedia otro dia los frailes me castigarian; prometíles hacer en todo lo que me ordenasen, particularmente porque no tenia gana de enemistarme con ellos, pues habia gustado á lo que sabian sus manos.

Comencé á pedir con un tono bajo, humilde y devoto, como lo habia aprendido en la escuela del ciego; hacia esto, no por necesidad, sino porque es uso y costumbre de mendigantes, que cuanto mas tienen piden mas y con mas gusto. Las gentes que oian decir, den limosna para la lámpara del señor San Lázaro, y no conocian la voz, salian á las puertas, y viéndome se espantaban; preguntábanme por el padre Anselmo, que así se llamaba el buen Arias; díjeles se habia muerto; los unos decian: «buen sigló le dé Dios, que tan bueno era! su alma está gozando de la bienaventuranza»; otros: «¡bendito sea él, que tal vida hacia! en seis años no ha comido cosa caliente»; aquellos, que se pasaba con pan y agua. Algunas piadosas mentecatas se hincaban de rodillas, invocando al padre Anselmo. Preguntóme una qué habia hecho de su hábito; díjele que era el que yo llevaba: sacó unas tijeras, y sin decir lo que queria, comenzó á cortar un pedazo de lo que primero encontró, que fué de acia la horcajadura. Como ví que acudia á aquellas partes, comencé á gritar; viéndome tan alborotado, dijo: «no se espante, hermano, que no quiero dejar de tener reliquias de aquel bienaventurado; yo le pagaré el daño del hábito. — ¡Ay! decian algunos, sin duda que antes de seis meses lo canonizarán, porque ha hecho muchos milagros.» Acudió tanta gente á ver su sepulcro, que la casa estaba siempre llena; y así fué necesario sacarlo á un cobertizo que estaba delante de la ermita; de allí adelante no pedia para la lámpara de San Lázaro, pero sí para la del bienaventurado Anselmo. Jamás he podido entender este modo de pedir limosna para alumbrar á los santos, ni quiero tocar esta tecla, que sonará mal. No se me daba nada de no ir á la ciudad, porque en la ermita tenia todo lo que queria; mas porque no dijesen que estaba rico, y que por eso no pedia limosna, fuí el dia siguiente, donde me sucedió lo que verá el que leyere.

CAPITULO XVI.

Cómo Lázaro se quiso casar otra vez.

Mas vale fortuna, que caballo ni mula: al hombre desdichado la puerca le pare perros; muchas veces vemos muchos hombres levantarse del polvo de la tierra, y sin saber cómo se hallan ricos, honrados, temidos y estimados; si preguntais: ¿este hombre es sabio? deciros han que como una mula; ¿si es discreto? como un jumento; ¿si tiene algunas buenas perfecciones? como la hija de Juan Pito. ¿Pues de dónde le ha venido tanto bien? responderos han: de la fortuna. Otros, por el contrario, que son discretos, sabios, prudentes, llenos de mil perfecciones, capaces para gobernar un reino, se ven abatidos, desechados, pobres y hechos estropajos del mundo; y si preguntais la causa, deciros han: la desdicha los persigue. Esta pienso me seguia y perseguia, dando al mundo un ejemplo y dechado de lo que puede, porque desde que él se fundó no ha habido un hombre tan combatido desta desdichada fortuna. Iba por una calle pidiendo como solia para el señor San Lázaro, porque en la ciudad no osaba pedir para el beato Anselmo: esto solo era para los bozos y motolitas, que venian á tocar sus rosarios al sepulcro, donde, segun su dicho, se hacian muchos milagros. Llegué á una puerta, y haciendo lo que en otras, oí que de una escalera me decian: «¿por qué no sube, padre? Suba, suba; ¿qué novedad es esta?» Subí, y en medio de la escalera, que estaba un poco oscura, me asaltaron varias mujeres y niños. Unas se me colgaban del cuello, otras me trababan de las manos, metiéndome las suyas en las faltriqueras: todas me preguntaban la causa de no haberme visto en ocho dias. Cuando hubimos acabado de subir la escalera, y que con la claridad de las ventanas me vieron, se quedaron mirando las unas á las otras hechas matachines; dieron en reir, que parecia lo habian tomado á destajo; ninguna podia hablar; el primero que lo hizo fué un niño, diciendo: ¡este no es papá! Después que aquellas grandes crecidas de risa se mitigaron un poco, las mujeres, que eran cuatro, me preguntaron para quién pedia limosna; díjeles que para San Lázaro: ¿cómo, dijeron ellas, pedis vos? ¿El padre Anselmo está bueno? — Bueno, les

respondí yo; no le duele nada, porque hace ocho dias que murió.»

Cuando esto oyeron dispararon á llorar, que si la risa era grande antes, los llantos eran mayores después. Estas gritaban, aquellas se mesaban los cabellos, y todas juntas hacian una música tan disonante, que parecian monjas encantaradas. Esta decia: «¿qué haré, desdichada de mí, sin marido, sin amparo y sin consuelo? ¿Adónde iré? quién me amparará? ¡Oh amarga nueva! ¿Qué desdicha es esta?» Aquella lamentando entonaba: «¡oh yerno mio y mi señor! ¿cómo nos has dejado, sin despedirte de nosotras? ¡Oh nietecitos mios huérfanos y desolados! ¿dónde está vuestro padre?» Los niños llevaban el tiple de aquella mal acordada música: todos lloraban, todos gritaban, todo era lamentaciones y lástimas.

Cuando las aguas de aquel gran diluvio cesaron un poco, se informaron de mí, cómo y de qué habia muerto; contéselo, y el testamento que habia hecho, dejándome por su legítimo heredero. ¡Aquí fué ello! Las lágrimas se tornaron en rabias, los lloros en blasfemias y las lástimas en amenazas. «Vos sois algun ladron, que lo habeis muerto por robarlo; mas no os alabareis dello, decia la mas moza, que ese ermitaño era mi marido, y estos tres niños sus hijos; y si vos no nos dais toda su hacienda, os haremos ahorcar; y si la justicia no lo hace, puñales y espadas hay con que sacaros mil vidas, si mil vidas tuviereis.» Díjeles como habia buenos testigos, delante de quienes habia hecho testamento. Todas esas, dijeron ellas, son marañas y embustes, porque el dia que vos decís que murió estuvo aquí, y dijo no tenia compañía. Como ví que el testamento no se habia hecho por ante escribano, y que aquellas mujeres me amenazaban, y por la esperiencia que tenia de la justicia y pleitos, determiné hablarles con blandura, por si con ella podia acabar lo que por justicia sabia habia de perder, y también porque las lágrimas de la recién viuda me habian atravesado las telas del corazon; y así les dije se sosegasen, que no perderian nada conmigo; que si habia aceptado la herencia habia sido por creer que el muerto no era casado, no habiendo oido decir jamás que los ermitaños lo fuesen. Ellas, pospuesta toda tristeza y melancolía, se comenzaron á reir diciendo, que bien se echaba de ver ser nuevo y poco esperimentado en aquel oficio, pues no sabia que cuando decian un ermitaño solitario, no se entendia haberlo de estar de la compañía de mujeres, no habiendo ninguno que no tuviese una por lo menos, con quien pudiese pasar los ratos que le quedaban desocupados de su contemplacion, en ejercicios activos, imitando unas veces á Marta y otras á María, particularmente siendo gente que tenian mas conocimiento de la voluntad de Dios, que quiere que el hombre no esté solo; y así ellos, como hijos obedientes, tenian una ó dos mujeres que sustentaban, aunque fuese de limosna; y con especialidad aquel desdichado, que sustentaba cuatro: á esta pobre viuda, á mí, que soy su madre, á estas dos, que son hermanas, y á estos tres niños, que son sus hijos, ó á lo menos que él tenia por tales.

Entonces la que decian era su mujer dijo que no queria la llamasen viuda de aquel viejo podrido, que no se habia acordado della el dia de su muerte, y que aquellos niños ella juraria no ser suyos, y que desde entonces anulaba los capítulos matrimoniales. «¿Qué contienen esos capítulos?» le repliqué yo. La madre dijo: «los capítulos matrimoniales, que yo hice cuando mi hija se casó con aquel ingrato, fueron los siguientes: que para decirlos es menester tomar el agua de atrás. Estando en una villa llamada Dueñas, seis leguas de aquí, habiéndome quedado estas tres hijas de tres diferentes padres, que, segun la mas cierta conjetura, fueron un monje, un abad y un cura, porque siempre he sido aficionada á la Iglesia, me vine á vivir á esta ciudad, por huir y evitar las murmuraciones, que en lugares pequeños nunca faltan. Todos me llamaban la viuda eclesiástica, porque por mis pecados todos eran muertos; y aunque hubo luego otros que entraron en su lugar, eran gente de poco provecho, de menos autoridad, y no queriéndose contentar con la oveja, acometian á las tiernas corderillas. Viendo pues el peligro evidente, y que la ganancia no nos podia pelechar, hice alto, y asenté aquí mi real, donde á la fama de las tres mozuelas acudieron como mosquitos al tarugo; y de todos, á ningunos me incliné tanto como á los eclesiásticos, por ser gente secreta, rica, casera y paciente. Entre otros llegó á pedir limosna el padre de San Lázaro, que viendo á esta niña le hinchó el ojo, y con su santidad y sencillez me la pidió por mujer; díselo con las condiciones y capítulos siguientes: Primera: que se obligaba á sustentar nuestra casa, y que lo que pudiésemos ganar, sería para vestirnos y ahorrar. Segunda: que si mi hija en algun tiempo tomase algun coadjutor, por ser él algo decrépito, que callaria como en misa. Tercera: que todos los hijos que ella pariese, los habia de tener por propios, á quienes desde luego prometia lo que tenia y podia tener; y si mi hija no tuviese hijos, la hacia su legítima heredera. Cuarta: que no habia de entrar en nuestra casa cuando viese á la ventana jarro, olla ú otra vasija, que era señal que no habia lugar para él. Quinta: que cuando él estuviese en casa y viniese otro, se habia de esconder donde le dijésemos, hasta que el tal se fuese. Sesta y última: que nos habia de traer dos veces á la semana algun amigo ó conocido que hiciese la costa, dándonos un buen gaudeamus. Estos son los artículos, prosiguió ella, con que aquel desdichado dió palabra á mi hija, y ella á él. El casamiento quedó hecho y acabado, sin tener necesidad de ir al cura, porque él nos dijo no era menester, pues lo esencial dél consistia en la conformidad de voluntades é intencion mutua.»

Quedé espantado de lo que aquella segunda Celestina me decia, y de los artículos con que habia casado á su hija. Estuve perplejo sin saber qué decir, mas ellas abrieron camino á mi deseo; porque la viudeja se me colgó del cuello diciendo: si aquel desdichado tuviera la cara deste ángel, yo le hubiera amado; y con esto me besó. Tras este beso me entró un no sé qué, que me comencé á abrasar. Díjele que si queria salir del estado de viuda y recibirme por suyo, guardaria no solo los artículos del viejo, mas todos los que quisiere añadir. Contentáronse dello diciendo, que solo querian les entregase todo lo que en la ermita habia, que ellas lo guardarian; prometíselo, con intencion de encubrir el dinero para una necesidad. La conclusion del casamiento quedó para la mañana siguiente, y aquella tarde enviaron un carro, en que se llevaron hasta las estacas: no perdonaron al lienzo del altar, ni á los vestidos del santo. Yo estaba tan picado, que si me hubieran pedido el ave fénix, ó las aguas de la laguna Estigia, se las hubiera dado. No me dejaron sino una pobre marraga, donde me echase como un perro. Como la señora mi mujer futura, que vino con la carreta, vió que no habia dineros, se enojó, porque el viejo le habia dicho que los tenia, mas no dónde. Preguntóme si sabia dónde estaba el tesoro; díjele que no. Ella como astuta me trabó de la mano para que lo buscásemos; llevóme por todos los rincones y escondrijos de la ermita, sin dejar la peana del altar; y como vió que estaba recién acomodada, concibió mala sospecha. Abrazóme y besóme, diciendo: «mi vida, dime dónde están los dineros, para que con ellos hagamos una boda alegre.» Yo lo negué siempre, diciendo que no sabia de dineros; sacóme de la mano, é hizo diésemos una vuelta á la ermita mirándome siempre á la cara, y cuando llegamos donde yo los habia escondido, se me fueron los ojos acia allá. Llamó á su madre diciendo cavase debajo de una piedra que yo habia puesto; topó con ellos y yo con mi muerte; disimuló diciendo: «veis aquí

con que nos daremos buena vida.» Hízome mil caricias, y al punto, porque se hacia tarde, se fueron á la ciudad, quedando convenidos que á la mañana yo iria á su casa, donde haríamos la mas alegre boda que jamás se vió. ¡Plegue á Dios que orégano sea! decia yo entre mí.

Estuve toda aquella noche puesto entre la esperanza y el temor de que aquellas mujeres no me engañasen, aunque me parecia era imposible hubiese engaño en una tan buena cara. Esperaba gozar de aquella polluela, y así la noche me pareció un año. No era aun bien amanecido, cuando cerrando mi ermita me fuí á casarme, como quien no decia nada; no me acordaba que lo era; llegué á hora que se levantaban; recibiéronme con tan grande alegría, que me tuve por dichoso, y pospuesto todo temor, comencé á hacer y deshacer en casa, como en propia; comimos tan bien y con tanto gusto, que me parecia estaba en un paraiso. Habian convidado á comer á seis ó siete de sus amigas; después de comer danzamos, y á mí, aunque no lo sabia hacer, me forzaron á ello. ¡Era verme bailar, con mis hábitos de ermitaño, cosa de risa! Venida la tarde, después de bien cenar y mejor beber, me entraron en un aposento no mal aderezado, donde habia una buena cama. Mandáronme acostar en ella; entre tanto que mi esposa se desnudaba, descalzóme una criada, y dijo me quitase la camisa, porque para las ceremonias que se habian de hacer era menester estar en cueros. Obedecí luego, entraron por el aposento todas las mujeres y mi esposa detrás vestida de ceremonia, trayéndole una la cola. Así que llegaron me asieron cuatro de los pies y de los brazos y con grande deligencia me echaron cuatro lazos corredizos, y atando las cuerdas á los cuatro pilares de la cama, quedé aspado como un san Andrés. Comenzaron todas á reir al verme en aquella forma, y trayendo una un caldero de agua del pozo, y otra una olla de agua hirviendo, empezaron á echarme por todo el cuerpo jarros, ya de fria, ya de caliente. Yo ponia con esto los gritos en el cielo; ellas me mandaron callar, amenazándome que de otro modo seria mas serio el chasco, y que pensase para qué habia nacido. Luego tomaron una gran vacia con agua muy caliente y me metieron en ella la cabeza; abrasábame, y lo peor era que si queria gritar me daban tantos repizcos y azotes con los chapines, que tomé por mejor partido sufrir y dejarlas hacer cuanto quisieran: peláronme las barbas, cejas, cabellos y pestañas. Paciencia, decian ellas, que las ceremonias se acabarán presto, y gozará de lo que tanto desea. Rogúelas que me dejasen, pues el amor se me habia pasado; pero sin hacer caso de mis lamentos, con el tizne de las sartenes me pusieron la cara y todo el cuerpo de modo que parecia el mismo demonio. Entonces una, la mas vivaracha y desahogada, dijo á las demás: no seria malo llamar á Pierres el capador para que lo hiciese músico. Riyeron todas la ocurrencia, y en particular mi mujer.

Se preparaban á ponerlo por obra, diciéndome: «¿creia el dómine ermitaño que no hay mas que casarse, y que todo lo que le deciamos era el Evangelio? Pues no era ni aun la Epístola. ¿De mujeres se fiaba? Ahora verá el pago que lleva.» Yo, como me vi en un peligro tan inesperado, hice tales esfuerzos que rompí una cuerda con un pilar de la cama, y ellas temiendo acabase de romperla me desataron, y cogiendo las puntas de la manta sobre que estaba tendido, empezaron á mantearme con mucha alegría, diciéndome: «estas son las ceremonias con que comienza el casamiento; mañana, si quiere volver, acabaremos lo demás.»

Yo estaba tan rendido y quebrantado, que ni aun aliento tenia para hablar. Entonces, envuelto en la misma manta, me llevaron entre cuatro, lejos de la casa, dejándome en medio de la calle, en donde me amaneció; y los muchachos me comenzaron á correr y hacerme tanto mal, que por huir de su furia me entré en una iglesia, y puse junto al altar mayor, donde cantaban una misa. Como los clérigos vieron aquella figura, que sin duda parecia al diablo que pintan á los piés de san Miguel, dieron á huir, y yo tras ellos por libertarme de los muchachos. La gente de la iglesia gritaba; unos decian: «guarda el diablo;» otros: «guarda el loco;» yo también gritaba, que ni era diablo, ni loco, sino un pobre hombre á quien sus pecados habian puesto así. Con esto se sosegaron todos; los clérigos tornaron á acabar su misa, y el sacristán me dió un bancal de una sepultura con que cubrirme. Púseme en un rincon considerando los reveses de la fortuna, y que por donde quiera hay tres leguas de mal camino; y así determiné quedarme en aquella iglesia para acabar allí mi vida, que segun los malés pasados no podia ser muy larga, y para escusar el trabajo á los clérigos de que me fuesen á buscar á otra parte después de mi muerte.

Esta es, amigo lector, en suma la segunda parte de la vida de Lazarillo, sin añadir ni quitar, de lo que della oí contar á mi bisabuela. Si te diere gusto me huelgo, y adios.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DE LAZARILLO DE TORMES, POR H. LUNA.

EL PATRAÑUELO.

PRIMERA PARTE

DE

LAS PATRAÑAS DE JUAN DE TIMONEDA,

EN LAS CUALES SE TRATAN ADMIRABLES CUENTOS, GRACIOSAS MARAÑAS, Y DELICADAS INVENCIONES PARA SABER CONTAR EL SABIO Y DISCRETO RELATADOR.

EPISTOLA AL AMANTISIMO LECTOR.

Como la presente obra sea para no mas de algun pasatiempo y recreo humano (discreto lector), no te dés á entender que lo que en el presente libro se contiene, sea todo verdad, que lo mas es fingido y compuesto de nuestro poco saber y bajo entendimiento; y por mas aviso, el nombre dél te manifiesta clara y distintamente lo que puede ser; porque *Patrañuelo* se deriva de patraña, y patraña no es otra cosa sino una fingida traza tan lindamente amplificada y compuesta, que paresce que trae alguna apariencia de verdad. Y así, semejantes marañas las intitula mi lengua natural valenciana *Rondalles*, y la toscana *Novelas*, que quiere decir: tú, trabajador, pues *no velas*, yo te desvelaré con algunos graciosos y asesados cuentos, con tal que los sepas contar, como aquí van relatados, para que no pierdan aquel asiento y lustre y gracia con que fueron compuestos. Vale.

SONETOS.

ENTRE EL AUTOR Y SU PLUMA.

Pluma, en hartas obras *me* ocupaste,
Hartos murmuradores has tenido,
Canciones infinitas imprimido.—
—Tus faltas y descuidos discantaste.—
—Romances hice afables, si notaste.—
—Con ellos has quedado bien roido.—
—Sonetos he compuesto y traducido.—
—Tu poca habilidad sé que sonaste.—
—Igual fuera ser Sócrates famoso.—
—Platon no hubiera para tí faltado,
O Séneca, el quien letras encumbraron,
Rumiárate Aulo Gelio muy curioso.—
—Pues bien podré pasar por do han pasado.—
—Podrás, mas *no quedar* como quedaron.

DE AMADOR DE LOAYSA, EN LOOR DE LA OBRA.

Ingenio sutilísimo abundoso,
Ilustre, sabio, fértil, admirable,
Discreto, grato, lento, conversable,
Leido, ejemplar, artificioso,
Retórico, apacible, caudaloso,
Benigno, sin doblez, cauto, amigable,
Suave, liberal, honesto, afable,
En cuentos y en amores muy gracioso,
Poético en estilo sobrehumano,
De musas laureado acá en el suelo,
Acepto ya por todo el universo,
Cómico, penetrante en prosa y verso,
Cual se descubre en este *Patrañuelo*,
Es el de Timoneda Valenciano.